

«Caudillo», de Basilio Martín Patino

Franco, desde nuestra frustración

Juan Antonio P. Millán



La clave imprescindible para una aproximación válida al film de Basilio Martín Patino, «Caudillo», es comprender que se halla realizado desde la frustración radical que ha supuesto para tantos de nosotros el hecho de vivir bajo el franquismo.

BASILIO Martín Patino habla con frecuencia de la frustración radical que ha supuesto para tantos de nosotros el hecho de vivir en el franquismo. Ese sentimiento —porque de sentimiento se trata, y habrá que tenerlo muy en cuenta— se ha convertido en motor fundamental de las últimas obras del realizador salmantino. Estaba ya en la base de «Canciones para después de una guerra», emotiva revisión de la vida cotidiana de los primeros años, a través del espejo deformante pero significativo de los subproductos de mass-media de la época. Latía también en el planteamiento de ese documento estremecedor que es «Queridísimos verdugos». Y juega un papel decisivo en «Caudillo», hasta el punto de que puede ser la clave imprescindible para una aproximación válida a la película.

«Caudillo», secretamente elaborada con material de archivo durante los últimos años de la vida de Franco, iba a ser la primera parte de un conjunto más amplio, centrado en la figura del dictador. Abarca desde el despegue de su carrera militar hasta la victoria bélica. Una segunda entrega, cuya elaboración estaba muy avanzada, hablaría de los cuarenta años de poder absoluto. No parece que vaya a ver la luz. Para Patino, la muerte del protagonista ha transformado la necesidad obsesiva de hablar de él en urgencia por enterrarlo definitivamente.

Admitiendo, entre otros factores, ese mecanismo psicológico de creación por reacción, pueden entenderse algunos aspectos fundamentales de «Caudillo» que quizá resulten sorprendente o ambiguos a primera vista. Por ejemplo, todo lo que se refiere al objetivo y alcance de la película, al tipo exacto de discurso que desarrolla y, por tanto, al nivel preciso en que debe ser valorada.

Quien pretenda ver en «Caudillo» un análisis riguroso de la prehistoria del franquismo, o la descalifique por no serlo, se equivoca por completo. Ciertamente, la película contiene gran cantidad de información, rescata datos e imágenes inéditas u olvidadas —éste es uno de sus méritos— y permitiría un extenso comentario de carácter histórico. Pero salta a la vista que el autor no pretende pasar desde ahí a un conocimiento más profundo, una crítica sistemática o unas conclusiones de orden teórico. El planteamiento es, a la vez, más sencillo y más delicado: Patino ha vivido el franquismo; se ha visto obligado a recibir todas las aberrantes versiones que éste quiso presentar de sí mismo; sabe que los demás lo hemos sufrido también; que, para muchos de nosotros, una cosa tan banal como la vida de Francisco Franco se impuso de pronto —o desde el principio— como el marco determinante de nuestras propias existencias. El realizador busca entonces todos los documentos posibles sobre esa vida, los organiza y los muestra como apelación directa a una especie de memoria y conciencia colectiva, bruñida a golpes de impotencia, de dolor y rabia: el sentimiento de frustración del que hablábamos al principio. Interesa subrayar que, lejos de ofrecer una visión supuestamente neutral o respetuosa, lo que ocurre es que Patino no cree necesario tener que demostrar que Franco ha sido el símbolo más perfecto de nuestra desgracia como pueblo. Lo da, con razón, por supuesto. Tampoco se propone investigar ahora cómo fue posible o qué causas estructurales determinaron semejante infortunio. Y, al mismo tiempo, huye de la demagogia cómica y espec-



«Caudillo» abarca desde el despegue de la carrera militar de Franco (etapa a la que pertenece esta foto, donde se encuentra en compañía del general Sanjurjo el 21 de noviembre de 1921, en Melilla), hasta la victoria bélica de 1939.

tacular que, tratándose de una figura como la de Franco, hubiera sido muy fácil, pero no habría ido más allá de la mera redundancia y la complacencia estéril.

El camino recorrido por «Caudillo» es muy claro. Parte de unos hechos, sabidos en su mayoría, y engarza inteligentemente sus diversas representaciones en un conjunto sensible, para buscar una vía directa de comunicación con el espectador que ha sido sujeto paciente de esos hechos y de esas representaciones. Estamos, quizá, muy cerca del exorcismo personal, ofrecido para aprovechamiento colectivo. Y si la frustración de principio era cierta, habrá que convenir en que éste resulta necesario y saludable. La cuestión consiste ahora, no en pedirle a la película lo que no contiene, sino en analizar cómo y hasta qué punto consigue lo que se propone.

El autor ha vuelto a dedicarse aquí a su trabajo predilecto: el montaje. Un montaje más depurado y riguroso que el de «Canciones», en el que es posible detectar una notable inspiración eisensteiniana, que va desde el recurso al choque frontal de imágenes sucesivas (la oposición entre triunfalismo oficial y miseria real vuelve a ser una constante) a la utilización emotiva de personajes infantiles (en la línea del cochecito del «Potemkin» o, más

aún, de los numerosos niños de «La huelga») y a una alusión tan directa como la imagen de Franco subiendo una escalera, con superposición de su propia efigie en documentos y sellos, que remite insistentemente al Krensky de «Octubre».

Pero, además de la ordenación primordial de los diversos fragmentos, existe también una considerable manipulación del material preexistente: los virados en diferentes tonos (empleando de modo convencional el rojo, azul y morado, pero con el acierto de reservar así el blanco y negro para algunas de las escenas más intensamente dramáticas), o esos congelados rítmicos de imagen, con intención irónica y efecto discutible. Es aquí donde Patino parece perder un tanto el control de su propia sobriedad, dejándose traicionar por el placer de la burla o el ingenio técnico. A la vista de sus dos películas de este tipo, cabría afirmar ya que su capacidad para la articulación de documentos es muy superior a la que demuestra al añadir unos efectos especiales que a veces banalizan innecesariamente el conjunto.

Por lo demás, sería imposible analizar aquí cada uno de los bloques que componen el film y en los que hay, sin duda, irregularidades y

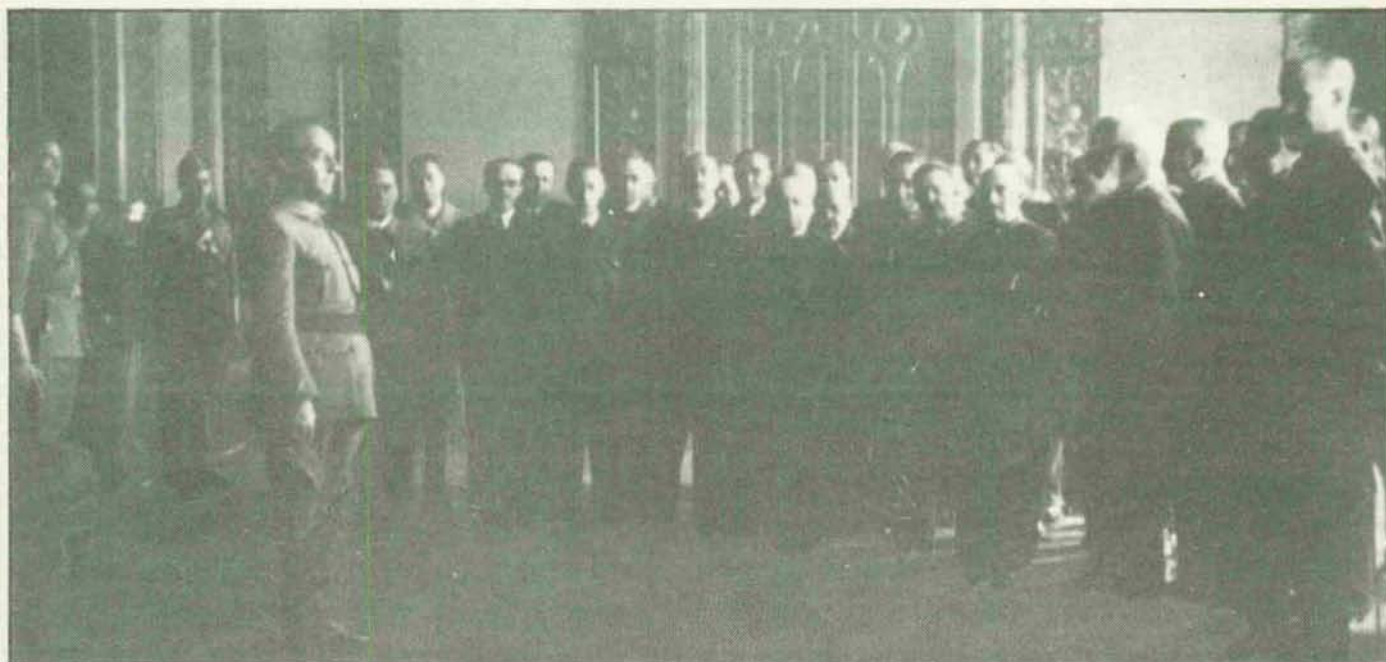
desequilibrios inevitables. Quizá por imposición del material con que se contaba, la película transcurre pausada e incluso morosamente en ocasiones, para lanzarse con precipitación al final, cuando el espectador podía esperar más aportaciones sustanciosas. Pero aunque el recuento sería interminable, quisiera citar tres momentos especialmente significativos, que permiten incidir en otros tantos aspectos básicos de la obra:

1. Una anécdota intrascendente de la vida familiar de los Franco, como es la alocución de Carmencita a los niños, adquiere extraordinaria relevancia por el lugar que ocupa en la cinta y por la influencia del contexto: la estúpida ficción de espontaneidad con que habla la niña, mientras el padre mueve ostensiblemente los labios ante la cámara, repitiendo la lección, es más eficaz para explicar la personalidad y el estilo del dictador que mil panfletos discursivos que subrayasen sus miserias.

2. El extraordinario patetismo conseguido en la secuencia del poema de Neruda sobre Madrid (leído por Héctor Alterio), que es quizá la más sobresaliente de «Caudillo», demuestra una vez más que éste es el terreno en que Patino se mueve con más soltura y maestría.



Franco, en Toledo, después de haber rescatado a los resistentes en el Alcázar de esta capital (imagen que figura dentro del film de Patino). Sería éste uno de los hechos más alardeados por el sector franquista.



Consagración de Francisco Franco como «Generalísimo» de todos los Ejércitos que combatían en la zona nacionalista. Desde entonces ya fue el «Caudillo»... (el documental de Patino también recoge este instante).

Esto nos llevaría al problema de la definición ideológica del autor y sus productos, particularmente difícil en este caso, pero que podría establecerse en la línea de un humanismo combativo, solidario y al mismo tiempo individualista, con todas sus contradicciones. Una postura respetable, que se hace valer por la vía de la honestidad y, sin embargo, deja constantemente insatisfechos a quienes desearían una delimitación más nítida y más específicamente política por parte de Patino. Este es probablemente el origen de esa impresión, producida por sus mejores films, de que hay siempre algo incompleto, algo que se escapa sutilmente y dificulta la aceptación total, aun reconociendo su gran interés.

3. Quizá las escenas que describen la experiencia colectivista de Calanda, junto con las alusiones al problema de la alternativa entre guerra y revolución, etc., sirvieran para aclarar un tanto este aspecto. Los matices y el énfasis de esas escenas permitirían hablar de

una inclinación hacia el anarquismo de corte clásico. El propio Patino ha hecho ya algunas declaraciones en este sentido. Pero habría que preguntarse si no se trata de cierto abuso del concepto y si su postura, plasmada constantemente en sus obras, no será en realidad el producto de esa mezcla de rebelión ante el dolor humano, talante básicamente emocional y tendencia a la acción individual que lo caracteriza.

En cualquier caso, independientemente del juicio que merezcan esos rasgos, hay que reconocer que son precisamente los que han hecho posible una película como «Caudillo», elaborada con increíble tenacidad, en el frío aislamiento de los subterráneos del franquismo y a base de una fe ciega en que alguna vez —aunque fuera muy tarde— podría salir al encuentro de todos, para revisar juntos esos hechos que tan decisiva y trágicamente han condicionado nuestra convivencia. ■
J. A. P. M.

PRENSA PERIODICA, S. A., INFORMA A LOS LECTORES DE «TIEMPO DE HISTORIA»

Conforme a lo dispuesto en el artículo 24 de la vigente Ley de Prensa e Imprenta, Prensa Periódica, S. A., empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA informa de lo siguiente:

1. CONSEJO DE ADMINISTRACION: José Angel Ezcurra, Juan Carlos Aramburu Vila y J. A. Ezcurra García.
2. ACCIONISTAS CON MAS DEL 10 POR 100 DE PARTICIPACION: José Angel Ezcurra Carrillo.
3. SITUACION FINANCIERA (Resumen del Balance al 31-XII-76: Activo: Realizable y disponible: 55.126.639,17. Inmovilizado: 19.790.609,28. Partidas a amortizar: 324.302,52. Total activo: 75.241.550,97. Pasivo: Exigible: 57.241.550,97. Capital: 18.000.000. Total pasivo: 75.241.550,97. Madrid, 15 noviembre 1977.